

XIX.

BAJO LOS SAUCES.

Todo el dinero de *el rico* volvió á su poder.

Pero ¿de qué le servía ya? ¡Su hijo, aquel hijo criado con tanto amor y tantos desvelos, su ingrato hijo, le habia abandonado!

Nadie supo jamas cómo habia huido Enriqueta de la cárcel, ni de qué modo se le habia reunido Lorenzo: Pedro fué impenetrable.

Su padre, seguro de su lealtad y aún de su dureza, no llegó á sospechar ni por un instante que él fuese el libertador de aquella pobre mujer, pária del mundo, que huía con su última presa.

No se apercibió nadie de la fuga de Enriqueta hasta que llegó el Juzgado; pero entónces ya era demasiado tarde para alcanzarla.

Su delito era leve, por otra parte, pues habia dejado todo el dinero de Bruno en poder de la justicia; mejor dicho, no habia delito. Lorenzo era el robador de su padre.

Algunos labradores ocupados en sus faenas vieron pasar un coche por el camino, á todo escape; pero llevaba las cortinillas corridas, y le juzgaron ocupado por alguno de los moradores de la quinta, acostumbrados

como estaban á verlos ir á la ciudad cada dia en caruaje.

Una vez fuera del partido, no era fácil dar con la fugitiva, que era astuta, y tenía sus medidas muy bien tomadas.

Una sombra fúnebre se extendió por el alma y por el semblante de *el rico*: nadie le dijo que su hijo le habia abandonado por seguir á aquella mujer; pero no lo dudó ni por un instante, porque se lo avisaba su corazón.

Á no ser por los consuelos del señor cura, Bruno se hubiera vuelto loco de dolor en su triste soledad; pero la religion acudió en su ayuda y derramó un bálsamo benéfico sobre las heridas de su alma.

Era una hermosa tarde de Octubre cuando se hallaban reunidas en el cuarto de Celeste algunas personas.

La jóven, recostada en una silla-poltrona, que le habia enviado la madre del señor cura, tenía el semblante sereno y alegre, á pesar de la profunda alteracion que se notaba en sus facciones.

Sus mejillas estaban casi diáfanas; tanta era la delgadez de aquella preciosa carita, ántes tan redonda y sonrosada.

Parecian mucho mayores sus rasgados ojos azules, en los que brillaba una serenidad plácida y risueña: las largas y espesas trenzas de sus cabellos rubios se enroscaban en el asiento de la poltrona.

Celeste estaba vestida con el mismo gracioso aseo que siempre; pero la muerte extendia ya sus alas sobre aquella frente angelical.

Llevaba su traje de labradora, su pañuelo blanco y su gargantilla: sus pequeños piés salían por debajo de su falda y estaban cruzados con una gracia púdica y virginal.

En derredor de ella estaban sus padres, sus hermanos, el señor cura, su madre y Bruno, que la miraba con profunda pena.

Juan María, sentado al lado del sillón de su hija, tenía la cabeza doblada sobre el pecho; de cuando en cuando brotaba de sus ojos una lágrima, que se deslizaba lentamente por su mejilla.

El dolor de Joaquina era más expansivo: sentada en una de las humildes sillas de madera de piés cortos que le servían para hacer labor, tenía el semblante oculto con su delantal y sollozaba de un modo convulsivo.

Y sin embargo, el corazón más dolorido de cuantos se hallaban allí era el de Pedro.

Imposible sería á ninguna pluma describir la desgarradora pena estampada en aquella fisonomía dura y enérgica: no lloraba, pero una angustia terrible tenía su semblante más pálido y alterado que el de su moribunda hermana.

La huida de Lorenzo había sido el golpe cruel que había acelerado la muerte de Celeste, y él era el que había ocasionado aquella huida, abriendo la prisión de la aventurera.

¡Él, cuyo mayor anhelo era echar á aquel hombre de la aldea, para que su hermana le olvidase! ¡Él, que había querido alejarle de Celeste, para que jamás la pobre niña volviera á encontrarle!

Así reflexionaba Pedro, acusándose en su interior con honda amargura de haber apresurado el fin de su hermana.

Levantóse el señor cura y se acercó á Celeste, haciendo señas á Juan María para que le cediese su asiento al lado de la poltrona.

Entonces todos miraron con terror á la enferma: era evidente que su alma iba á volar al cielo cuando el sacerdote se acercaba para encaminarla.

Los sollozos se redoblaron.

—Hijos míos—dijo el vicario—no hay que afligirse así: los ángeles se regocijan y abren sus alas para recibir á esta hermana suya: no turbeis sus últimos instantes, porque desde que ayer recibí su confesion he procurado no separarla de Dios, que la llama.

Calmáronse los gemidos, y Celeste, con voz segura y dulce, dijo, dirigiéndose á sus padres:

—Voy á ser dichosa allá arriba, donde esperaré á ustedes y á él también. Madre mía—prosiguió—soy mucho más dichosa saliendo de este mundo que lo era en él..... aquí no gozaba de ningún reposo; ¡si supiera usted, madre mía, cuánto he sufrido!..... Le veía dormida, despierta, de todos modos y á todas horas..... ¡y el ver únicamente con los ojos del pensamiento es muy triste!.....

Celeste, fatigada, calló, y su respiración se hizo más penosa: su linda cabeza rubia se movió por el respaldo de su asiento con el desasosiego de la agonía, y luego volvió la vista hácia su hermano mayor.

—Vén..... acércate, Pedro—dijo.

El muchacho se acercó tambaleándose, como si estuviera ebrio.

— Acuérdate de lo que te dije aquella tarde que me despedí de tí, hermano mio— murmuró Celeste;— aquella tarde en que todos me creían buena..... en que mi madre—añadió con una triste sonrisa—quería llevarme á la feria de La Joyosa y comprarme allí un vestido azul..... hoy empieza la feria..... y yo voy á buscar mi vestido más lejos..... ¡voy por él al cielo!.....

Pedro se ahogaba, como sucede á todas las personas que, sintiendo mucho, no pueden llorar en las grandes crisis; y fué tal su angustia, que, sin saber á quién se dirigía, miró al señor cura y le dijo:

— ¡Agua..... un poco de agua!.....

El vicario sacó del bolsillo un frasquito de sales y lo aplicó á la nariz de Pedro, que respiró con un poco más de libertad; en seguida se volvió hácia su hermana, que prosiguió con voz que iba siendo cada vez más débil:

— ¡Pedro..... no des desazones á nuestros padres..... que ya no tienen más amparo que tú..... sé para con ellos obediente y dulce, ya que tienes tan buen corazón; y si Lorenzo volviera, perdónale..... y no procures vengar mi muerte: ahora desata mi gargantilla, es para tí; guárdala, y el día que te cases, dásela á tu mujer.

Pedro desató con mano trémula la sarta de cuentas de ámbar que ceñía el delicado cuello de Celeste, y la llevó á sus labios, guardándola despues en su pecho.

— Padre—dijo la jóven—y V., padre Bruno, acérquense acá, que les quiero pedir una cosa.

Los dos labradores se acercaron.

—Padres míos—prosiguió Celeste—pues á los dos miro como á tales: si algun día vuelve Lorenzo, perdónenle VV., y díganle que yo tambien le perdoné de todo corazón ántes de morir..... Ahora quisiera que me llevarán allá, bajo los sauces, donde mi hermano plantó una mata de azucenas.

Los dos hombres miraron perplejos al señor cura.

—Llévemosla—dijo éste;—la tarde está hermosa, y ella, desgraciadamente, ya no puede empeorar.

Bruno y Juan María tomaron el sillón por los brazos, y bajaron la escalera con sumo cuidado.

Detras de ellos iban el señor cura, su madre, Joaquina, sus dos hijos y algunas vecinas del pueblo que se incorporaban al triste convoy.

— ¿Á dónde llevais á Celeste?—preguntaban algunos.

—Bajo los sauces—respondió Bruno.

Pedro respondió una vez, con voz sorda y oprimida:

— ¡Á morir!

Pronto llegaron al sitio que habia indicado Celeste.

Era una avenida formada por cuatro senderos y rodeada de sauces, esos árboles melancólicos, adorno de las tumbas, y cuya sombra sirve de asilo á los enamorados.

Un hilo de agua cristalina brotaba al pié del sauce más antiguo, y se derramaba, dando á aquel sitio una frescura deliciosa.

Junto á la fuente, la mata de azucenas plantada por Pedro para su hermana ostentaba su frondosidad y lozanía, y elevaba erguidas palmas cuajadas de nevadas

flores, cuyos cálices estaban llenos de esencia que se diseminaba por el ambiente: los pajaritos cantaban en la arboleda vecina, como si entonasen á Celeste el himno de eterna despedida.

El sillón fué colocado allí, y la moribunda cerró los ojos, advirtiéndose en su plácido rostro un destello de paz profunda y de sereno bienestar.

Á sus piés corría la fuente, y á su lado estaban las azucenas, cuyas blancas flores llegaban al alcance de su mano.

El señor cura se arrodilló al lado del sillón é inmediato á las azucenas, símbolo de la pureza y de la religión.

El otro lado del asiento fué ocupado por Juan María, su mujer y su hijo mayor. Marianillo lloraba entre las mujeres espectadoras de aquella dulce y suave agonía.

Caía la tarde: era la hora en que los labradores, concluidos los trabajos del día, regresan á sus hogares: se oía arrastrar el arado y las campanillas de los perezosos bueyes que volvían á sus establos.

Empero nadie cantaba como en otros días; todos sabían desde el día anterior que Celeste se moría.

Cada uno iba á dejar en su casa los útiles de labranza, y avisados unos por otros, se dirigían á la avenida de los sauces.

Pronto todo el pueblo estuvo allí reunido y arrodillado á los piés del asiento de Celeste.

La luna llena aparecía entre los álamos de la arboleda, y se enseñoreaba del cielo, luchando con las últimas luces del crepúsculo, y asemejándose á un gigantesco

fanal: en la arboleda cantaba un ruiseñor su dulce y nunca aprendida melodía.

Las ranas cantaban también en el arroyo, y entre la hierba menuda de los senderos iban apareciendo gusanitos de luz, que brillaban como pequeñas linternas.

En medio de aquel solemne silencio se oía el rezo del señor cura, que oraba á media voz en latín, con acento expresivo y grave, pero que algunas veces se hacía trémulo, no pudiendo dominar su profunda emoción.

¡ Cosa extraña! Cuando la voz del ministro del cielo se alteraba, todos los presentes prorrumpían en sollozos; cuando aquél recobraba su firmeza se reprimían los gemidos, y las pobres aldeanas ocultaban los semblantes cada una en su delantal.

De repente se levantó una voz sorda y dolorida: era la de Juan María.

— ¡ Bien decía yo, Dios mío! — exclamó — que nos habías de quitar esta hija tan amada.

— Suya soy — respondió Celeste. — Él me envió á vosotros, y Él me llama á sí. ¿ Por qué os quejais? ¡ Yo soy feliz! ¡ Morir aquí, rodeada de todos vosotros, aquí, donde vi á Lorenzo por la primera vez..... esta hermosa tarde..... viendo la luna y oyendo..... el canto de los pájaros, es una cosa muy hermosa!.....

El vicario, que había suspendido sus rezos, tocó las sienes de Celeste y volvió á orar, con un acento tal, que todos vieron á la muerte cernerse sobre aquella rubia cabeza.

En efecto, Celeste medio se levantó del sillón con una

fuerza sobrenatural; apoyóse con una mano en uno de los brazos del asiento, y con la otra señaló al horizonte, rojo aún por el reflejo de los últimos rayos del sol.

Su semblante, iluminado por la luz de la luna, adquirió una expresión profética; pasó por sus ojos un rayo deslumbrante, y exclamó:

— ¡Allí..... allí viene..... pobre..... enfermo..... triste..... viene pensando en mí!..... ¡Ah, Lorenzo!..... perdóname..... no puedo..... no puedo esperarte ya más..... ¡Te he aguardado tanto tiempo!..... Cada noche que no dormía, y que pasaba apoyada en mi ventana, creía verte allá abajo, entre los árboles, y ahora me llama Dios, ¡y es demasiado tarde!

Desplomóse de nuevo sobre el sillón; apagóse la luz en sus pupilas, y articuló débilmente:

— ¡Aquí estoy, Señor..... Dios mío!.....

Cayó hácia atrás su cabeza y lanzó un débil suspiro.

El vicario se levantó con solemnidad, y dijo:

— ¡Ya está en el cielo!

La aldea entera prorumpió en un sollozo unánime, y luego de todos los labios brotó una oración.

La muerte de aquella sencilla é inocente aldeana fué más gloriosa que la de muchos poderosos de la tierra.

.....
En el cementerio de aquella pequeña aldea, que lleva por nombre Cabañas, se ve en una sencilla losa de mármol blanco el dulce nombre de *Celeste*.

¿Qué fué de Enriqueta?

Lo que de tantas otras desdichadas: barrióla como hoja seca el huracán de su destino, y ni siquiera tie-

ne, como Celeste, una humilde piedra que recuerde su nombre.

¿Qué de Lorenzo?

En otro de mis libros le volverán á ver mis lectores.

No hay culpa que no tenga su expiación, y la de Lorenzo debía ser terrible, y tener lugar ante la tumba de Celeste.

El sepulcro de la jóven fué cercado de flores: cada tarde, al anochecer, se arrodillaba allí un hombre de alta estatura, rezaba y lloraba.

Era Pedro.